

¿Qué dirán los herodianos á la corte? Dirán que ninguno jamás ha hablado como este hombre, que se merece todos los elogios, y que es digno de toda admiración. ¡Ah! todo esto es verdad y fuera de toda duda. Pero ¿por qué callar y no bendecirlo? ¿Por qué retirarse y no unirse á él? ¿Por qué no darse por vencidos á esta soberana sabiduría que brilla en sus discursos, y á esta soberana potencia que resplandece en sus obras? ¡Oh ceguedad! ¡oh dureza incomprendible!

Petición y coloquio.

Os adoro, ó Dios mio: me alegro de vuestras victorias y del triunfo que conseguís de vuestros enemigos. Comunicadme algun rayo de vuestra divina sabiduría que me guie entre las asechanzas que no cesan de ponerme los enemigos de mi salud; enseñadme á evitar sus lazos, á rebatir sus mentiras, á defender vuestras santas máximas, á sostener los intereses de vuestra religion, y á hacerlo sin ofender jamás á alguno. Amen.

MEDITACION CCLI.

JESÚS ES TENTADO SOBRE EL DOGMA DE LA RESURRECCION.

(Math. xxii, 23-34; Marc. xii, 18-27; Luc. xx, 27-39).

1.º Hagamos una comparacion de los saduceos, ó sea de los antiguos impíos, con los impíos modernos; 2.º consideremos el estado de los justos en la resurreccion; 3.º escuchemos el testimonio de Moisés sobre la resurreccion.

PUNTO I.

Comparacion de los saduceos, ó sea de los antiguos impíos con los impíos modernos.

1.º *Sus dogmas no nos deben engañar...* «En aquel dia fueron á en-
«contrarlo los saduceos, los cuales niegan la resurreccion...» Creian los saduceos un Dios, pero un Dios á quien nada importa cuanto hacen los hombres: hé aquí nuestros deístas, ó sea nuestros aleístas. Negaban la resurreccion, siendo comprendida en esto la inmortalidad del alma, y una y otra vida; porque en aquellos tiempos estas cuestiones, que despues se dividieron, hacian una sola. Negaban los Ángeles y los espíritus, y toda sustancia espiritual¹; por consiguiente, admilian solo la materia; sostenian que el alma del hombre es material como el cuerpo, y que muerto el cuerpo todo muere, y se acaba todo el hombre: hé aquí nuestros materialistas. No dejaban

¹ Act. xxiii, 8.

por esto de practicar las ceremonias de la ley, de frecuentar el templo y de participar de los sacrificios, por no dar escándalo, y por no formar un cisma que los habría deshonrado: hé aquí nuestros predicadores del tolerantismo.

2.º *Su nombre no debe engañarnos...* Se llamaban saduceos, esto es, justos. (Sadoc quiere decir justo ó justicia). Pretenden que este nombre se derive de un cierto Sadoc, que habia sido el primero de sus héroes. Los nuestros no escasean de héroes en la impiedad, de quienes podrian derivar su nombre. Por otra parte, se puede sospechar que este nombre les viniese principalmente de llevar con frecuencia en la boca el nombre de justicia, de exaltar continuamente esta virtud, y de ensalzarla sobre toda religion... ¿No vemos por ventura nosotros á nuestros impíos no hablarnos de otra cosa que de bondad y de humanidad, y distinguir el hombre honesto del temeroso de Dios, anteponiendo y prefiriendo el primero al segundo? La razon de este lenguaje es, que los impíos, que se glorian de no temer á Dios, temen mucho á los hombres, de quienes no querrian conciliarse la desconfianza, el odio y el desprecio. Ven muy bien que con destruir, como destruyen, el principio de toda virtud, ninguno puede ciertamente fiarse de la suya. Por evitar, pues, esta mala impresion, no hablan de otra cosa que de justicia y de bondad, cuya ley se jactan de seguir con la mas estrecha severidad, y por solo amor de la virtud. Amor que no está fundado ni animado. Amor vano, sin objeto y sin motivo, porque no aman ni practican la virtud por agradar á Dios. Amor que no se interesa ni por obedecer á la conciencia, la que no es otra cosa que un prejuicio, ni para obtener recompensas ó para evitar castigos, cuya esperanza ó cuyo temor no son otra cosa que supersticiones. Amor bien sublime por cierto, ó á lo menos bien extraordinario; pues ninguna cosa hay en la naturaleza que se le asemeje... Podria tambien ser que se hubiese dado á estos impíos el nombre de saduceos ó de justos por ironía ó por burla, y lo hubiesen ellos adoptado por vanidad, como nosotros hemos dado á los nuestros el nombre de espíritus fuertes, que tambien han adoptado ellos.

3.º *Sus objeciones no deben turbarnos...* Estas objeciones, á oírlos, son demostraciones; pero á decir la verdad son meros cálculos, historietas, donaires y motes, á su parecer agudos, con que creen poder desconcertar á sus adversarios... Juzguemos lo de la dificultad que los judíos proponen al Salvador... «Y le preguntaron, diciendole: Maestro, Moisés dijo: Si uno muere no teniendo hijos, su her-

«mano se case con su mujer, y dé descendencia al hermano. Pues «entre nosotros habia siete hermanos: el primero, habiéndose casado, murió; y no dejando sucesion, dejó su mujer á su hermano; «lo mismo le sucedió al segundo y al tercero, hasta el séptimo; finalmente, la última de todos murió tambien la mujer. En la resurreccion, pues, ¿de quién será mujer de los siete, porque todos «la tuvieron?...» ¿No era esta una cuestion bien digna de los libertinos que la proponian? Por otra parte, ¿qué monstruosa consecuencia sacaban ellos de su argumento? Esta mujer no puede ser esposa de uno solo; no puede ser de todos siete, luego no puede haber resurreccion. Lo mismo es de los discursos y razonamientos de nuestros falsos filósofos. Si alguno quisiese tomarse el trabajo de recoger todas las objeciones que los impíos han amontonado contra la inmortalidad del alma, contra el dogma de la resurreccion, y contra la fe de la otra vida; y emprendiese reducirlas á silogismo, y darles una forma de razonamiento, se veria una coleccion de argumentos tan ridículos y tan poco concluyentes como el de los saduceos.

4.º *La respuesta de Jesucristo debe servir de apoyo y de defensa...* Antes de entrar en la dificultad, les dió el Salvador una respuesta general, que puede bastar al mas simple para asegurar y defender su fe... «Vosotros errais (*les respondió Jesucristo*), no entendiendo «las Escrituras ni el poder de Dios...» ¿No es este por ventura el principio y el origen de todos los errores de la impiedad y de la herejía? ¿Y no tengo yo en estas dos palabras de mi Redentor con que desechar todas las dudas, y responder á todas las dificultades? Creo ciertamente cuanto me enseña la Iglesia; con ella no puedo errar.

Que se me oponga la santa Escritura; ella es la regla de la fe de la Iglesia, y no puedo contradecirla: si vosotros la explicais de otra manera, vosotros no la entendeis. Que se me oponga tambien la imposibilidad de un misterio revelado; vosotros no conoceis el poder de Dios: lo que es superior á nuestra inteligencia no es superior á su poder... Os doy las gracias, Salvador mio, por haberme enseñado un camino tan derecho, en que no puedo errar: os doy las gracias por haberme suministrado una respuesta tan sólida, á que nada se puede ya oponer. Sobre vuestra palabra mi fe es inmóvil, y mi espíritu tranquilo, segura mi esperanzá, y mi corazon satisfecho.

PUNTO II.

Del estado de los justos en la resurreccion.

«Y Jesús les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y son dados en «casamiento; pero aquellos que serán juzgados dignos del otro siglo y de la resurreccion de los muertos, ni se casarán, ni serán «dados en casamiento; porque ya no podrán morir, por cuanto son «iguales á los Ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurreccion... Serán inmortales...» En el siglo de la vida presente reina un orden de sucesion que exige que se contraigan los matrimonios para perpetuar los hombres sobre la tierra, hasta que esté completo el número de los escogidos. Esta escena varia y mudable que tiene el mundo ocupado, lo advierte de su mortalidad. Pero en la resurreccion, en el siglo futuro, reinará un orden de estabilidad y de eternidad. Los hombres que se encontrarán dignos de la resurreccion de los justos serán inmortales, y gozarán eternamente su felicidad, sin tener jamás descendientes. Por consiguiente no tendrá ya allí lugar el matrimonio. Todos los corazones estarán unidos en las puras delicias de la caridad de Dios. Estado tanto mas feliz, cuanto es mas inefable. Vivamos tranquilos sobre la palabra del Omnipotente. Y finalmente lo que podemos saber de esto es, que en este feliz estado ya jamás se muere, ya no se padece, ya allí no hay esperanza ó temor, porque cada uno está lleno de las delicias de Dios mismo y de su puro amor. ¿No basta acaso esto para desear llegar á él, y para emplear á este fin todas nuestras atenciones y todo nuestro estudio?

2.º *Serán semejantes á los Ángeles...* Esto es, sus cuerpos ya no serán para ellos un peso ó una carga gravosa, un manantial de necesidades, una ocasion de tentaciones y desórdenes; antes servirán los cuerpos para poner el colmo á su gloria, á su alegría y á su felicidad, sin tener nada ya de corruptible, de terreno, de pasible ni de mortal. Los Santos con estos cuerpos gloriosos no serán menos puros ni menos espirituales que los Ángeles, y tendrán la agilidad, la claridad, la penetrabilidad y todas las otras cualidades que pueden contribuir á hacerlos felices.

3.º *Serán hijos de Dios...* Nosotros somos hijos de Dios segun el espíritu, por la regeneracion del Bautismo. Somos hijos de Dios segun el cuerpo y el alma, por la creacion; pero Dios no ha formado nuestro cuerpo inmediatamente por sí mismo: para esto, por decir-

lo así, ha abandonado la formacion á las causas segundas, y en este sentido somos hijos de los hombres, de la misma condicion de nuestros padres, sujetos como ellos á las enfermedades, á los dolores y á la muerte. Pero allá en la resurreccion será la omnipotencia de Dios la que nos restituirá nuestros cuerpos formados por su mano, y nosotros serémos hijos de la resurreccion. Serémos hijos de su amor y de su ternura, en que se complacerá manifestar los tesoros de su sabiduría y de su omnipotencia. ¿Quién puede, pues, concebir cuál será la perfeccion, la belleza, la variedad y el esplendor de estos cuerpos gloriosos, destinados á formar la corte celestial, y á vivir eternamente con los Ángeles?

4.º *Serán dignos del siglo futuro y de la resurreccion...* En el siglo presente el nacimiento no es ni puede ser efecto del mérito, porque el nacimiento le precede... Nace el uno para el cetro, y el otro para el cayado de pastor, sin que ó el uno ó el otro haya podido merecer esta diferencia... Pero en el siglo futuro, ninguno participará de la resurreccion gloriosa sin haberla merecido, y sin haber sido hallado digno de ella, y cada uno participará de aquel bien y de aquella gloria á proporcion y segun el grado de su mérito; cosa que añadirá nuevo lustre á la gloria de aquellos nobles ciudadanos del cielo, y será el fundamento sólido de su felicidad. Pero ¿cómo y por qué medio se ha de merecer un estado tan glorioso?... Este tambien es un efecto de la bondad, de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios, el cual perfeccionará la felicidad de los Santos; los reunirá todos á Jesucristo, y por Jesucristo en Dios. Este medio no es otro que Jesucristo, la fe en Jesucristo, la obediencia á Jesucristo, y la conformidad con Jesucristo; esto es lo que nos importa meditar y comprender bien. Porque esta descripcion del estado glorioso de los justos resucitados no se ha trazado para apacentar nuestra imaginacion con una pintura, ó para sacarnos del corazon algunos suspiros ineficaces; es necesario, ó que nosotros seamos de este número, ó del número de aquellos que resucitarán para una muerte eterna, semejantes á los demonios, hijos de cólera y de venganza, y dignos de los suplicios eternos á que serán condenados... No dilatemus, pues, el regular el plan de nuestra vida sobre esta importante verdad.

PUNTO III.

Testimonio de Moisés sobre la resurreccion.

« En orden, pues, á la resurreccion de los muertos... ¿No habeis

«leido en el libro de Moisés en qué modo Dios le habló en la zarza? Que hayan de resucitar los muertos, lo demostró tambien Moisés cerca de la zarza, llamando al Señor Dios de Abraham y Dios de Isaac, y Dios de Jacob ¹...» Conviene, pues, traer aquí á la memoria lo que ya hemos dicho; que la resurreccion de los cuerpos y la inmortalidad de las almas hacen aquí una sola cuestion.

1.º *El Salvador sacó del citado texto este principio...* «(Él) no es el «Dios de los muertos sino de los vivos...» Prueba profunda, esclarecida, universal y digna de aquel que nos la da. Porque si nosotros la meditamos bien, no solo este texto, sino tambien toda la Escritura, toda la historia del género humano, todos los monumentos que subsisten en el mundo, todos los sentimientos de nuestro propio corazón, nos anuncian la inmortalidad del alma, despues de la muerte del cuerpo, y por consiguiente la resurreccion del cuerpo para reunirse otra vez al alma. No: Dios no es el Dios de muertos, el Dios de la nada; porque la nada es nada. Si el hombre muriendo cae en la nada, todas las promesas de la Escritura, aun las temporales, hechas á la nacion judaica y á sus patriarcas, son nulas, ilusorias, y caen en la nada como aquellos á quien se hicieron. Todas las atenciones de los hombres, el amor á la patria, los servicios que se hacen á la nacion, la legislacion, las diligencias que se hacen á favor de nuestros descendientes y sucesores, todo esto es vano é irracional, como los razonamientos, la estima y el amor para aquellos que nos han precedido... La obra misma de Dios, la creacion y la religion son sin sabiduría, sin designio y sin utilidad, si el hombre muere todo entero. Puede aquí cada uno apelar al sentimiento interno de aquellos incrédulos que han escrito con tanto arte, con tanta delicadeza y pulidez. ¿No han pensado estos jamás en el juicio de la posteridad? ¿No han deseado jamás estos su aprobacion? ¿Ahora, pues, para la nada habrá una posteridad?

2.º *El Salvador deduce del citado texto este axioma...* «Porque para él todos están vivos...» Dios no reduce jamás á la nada lo que ha criado. Ni aniquila siquiera la mas mínima porcion de materia. ¿Cómo reduciría él á la nada sustancias racionales, capaces de conocerlo y de amarlo? ¿Habria Dios por ventura criado tantos millones de hombres sucesivamente para mostrarlos solo por un instante á la tierra, y volverlos á sumergir de nuevo en la nada? Ninguno se atrevería á atribuirle una semejante conducta en orden á los Ángeles; decir, por ejemplo, que haya criado tantos millones de ellos,

¹ Exod. iii, 6.

y que cien años despues sin motivo alguno los haya aniquilado. ¿Cómo, pues, se atreve á decirlo de los hombres? No, no: *todos están vivos*. Si los que nos han precedido han desaparecido á nuestros ojos, no han desaparecido á los ojos del Señor; desapareceremos nosotros tambien bien presto de la tierra, pero nuestros espíritus estarán siempre en su presencia, y no saldrá de sus manos el polvo en que se reducirán nuestros cuerpos. Viven nuestros padres, y nosotros nos uniremos á ellos: concedednos, ó Señor, la gracia de que vayamos á reposar en el seno de vuestra gloria.

3.º *El Salvador saca del citado texto esta conclusion...* « Vosotros, « pues, estais en un grande error... » ¡ Oh si reflexionasen en esto los incrédulos de nuestro tiempo! ¡ Error de hecho bien grande! Grande en los principios, pues no tiene fundamento alguno; grande en las consecuencias, pues se trata de una felicidad ó de un suplicio eterno. ¡ Ah! abran los ojos una vez á esta palabra del Salvador, que con otra tanta energía que dulzura les dice: Vosotros estais en grande error... ¡ Ay de mí! ¿ no estaria yo tambien en grande error, si creyendo la resurreccion no hiciese todos los esfuerzos posibles para procurármela santa y gloriosa? »

4.º *¿Cuál fue el éxito de esta disputa?...* « Oido esto, las turbas « admiraban su doctrina. Pero los fariseos, habiendo oido que habia « hecho callar á los saduceos, se juntaron entre sí... » para mostrarle con un sentimiento formado de admiracion la satisfaccion que tuvieron por su respuesta, de modo que... « algunos de los escribas (ó doctores de la ley) respondiendo le dijeron: Maestro, has hablado bien... » ¡ Ah! ¿ por qué, pues, no seguirlo, si habla tan bien? ¿ por qué no creer en él? ¿ por qué no unirse á él? ¿ por qué continuar en tentarle y perseguirlo? Tal fue el éxito de esta disputa; los saduceos callaron, lo admiró el pueblo, los fariseos lo aplaudieron; pero no se sabe si alguno se convirtió. ¡ Ay de mí! nosotros nos admiramos con frecuencia, y no nos convertiremos jamás.

Peticion y coloquio.

Encended, ó Señor, en mi corazon el fuego de vuestro divino amor á medida que os querréis dignar de ilustrar mi espíritu con vuestra luz divina. Concededme la gracia de merecer la felicidad con que coronais vuestros Santos; y para hacerme digno haced que imite desde ahora y en cuanto me será posible sobre la tierra la vida que viven en el cielo. Amen.

MEDITACION CCLII.

JESÚS ES PREGUNTADO DE UN ESCRIBA SOBRE EL GRAN PRECEPTO DE LA LEY.

(Math. xxii, 35-40; Marc. xii, 28-34).

1.º Cuál es la idea que debemos tener de los tres amores, de Dios, del prójimo, y de nosotros mismos; 2.º cuál debe ser la regla de estos tres amores; 3.º cuál fue el aplauso del escriba ó doctor de la ley á la respuesta de Jesucristo.

PUNTO I.

La idea que debemos tener de los tres amores, de Dios, del prójimo, y de nosotros mismos.

« Y uno de ellos, doctor de la ley... que habia oido las preguntas de los otros, y viendo que Jesús les habia respondido bien, se acercó... y le preguntó por tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley... cuál es el primero de todos los mandamientos? Y Jesús le respondió: El primero de todos los mandamientos es: oye, Israel, el Señor tu Dios es un Dios solo. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todo tu espíritu, y con todo tu poder. Este es el primero... « y el máximo mandamiento... Y el segundo es semejante á este: « amarás á tu prójimo como á tí mismo... No hay otro mandamiento mayor que estos... De estos dos mandamientos pende toda la ley « y los Profetas... » En estos dos mandamientos se ha hecho mencion de tres amores que no se deben confundir, y de que debemos una vez por todas formar una justa idea para evitar toda oscuridad y comprender bien varias maneras de hablar, que sin esto podrian parecer contradictorias. Porque el término *amor* respecto de Dios, del prójimo y de nosotros mismos, no presenta el mismo sentido.

1.º *Del amor de Dios...* El amor de Dios es un amor de homenaje, de adoracion, de religion, de obediencia, de reconocimiento, de consagracion, de confianza, de complacencia y de reposo, como lo merece y lo exige el ser sumamente perfecto, bueno, liberal y misericordioso, que es el manantial de todos los bienes, el centro de todas las amabilidades, y el único objeto capaz de hacer sumamente felices los corazones que lo aman. Este es el amor que la criatura debe esencialmente al Criador, el siervo al señor mas poderoso, el

necesitado al bienhechor mas universal, el hijo al padre mas tierno. Este amor está fundado sobre toda suerte de títulos, é incluye toda suerte de obligaciones. Este amor obliga todo el hombre, todas sus potencias, toda su actividad. Á este amor todo debe estar sujeto, todo debe ceder, todo debe referirse. ¡Ah! ¿por qué no está mi corazón todo encendido de este amor? ¡Insensato! no he observado hasta ahora el mas grande, el mas esencial, el mas dulce de los mandamientos de la ley de mi Dios!

2.º *Del amor del prójimo...* El amor del prójimo es un amor de equidad, de caridad, de socorro, de benevolencia. Yo debo al prójimo lo que tengo derecho de esperar de él; debo tratarlo como querria yo justamente ser tratado. Sobre esta regla debo pensar, hablar, escribir de él, excusarlo, justificarlo, soportarlo, alegrarme de su bien, afligirme de su mal, desearle su provecho, procurárselo, ayudarle, socorrerlo como querria que otro lo hiciese conmigo. ¡Oh y cuán feliz seria la sociedad si observase cada uno este mandamiento! Pero si los otros no lo observan, no por esto estoy yo dispensado de él... Todo esto mira solamente al hombre privado. Hay otras condiciones y empleos en el orden eclesiástico y civil en que se extiende aun mucho mas el amor del prójimo, y llega hasta el sacrificio del propio reposo, de la propia fortuna y bienes, de la propia sanidad, de la propia vida, cuando es necesario al servicio del príncipe, al bien de la patria, á la salvacion de las almas.

3.º *Del amor de nosotros mismos...* Este amor es todo diferente de los otros dos, y no es otra cosa que un sentimiento natural, esencial é inseparable de nuestro ser, por el cual deseamos ser felices, por el cual buscamos el bien que no tenemos, y gozamos del bien cuando lo poseemos. En un sentido, este no es un amor, sino la basa y el vínculo del amor que nos une al objeto que causa nuestro bien. Nosotros somos el sujeto que recibe el bien y que es feliz, pero no somos el objeto que ocasiona la felicidad. Este objeto, para hablar con propiedad, es lo que nosotros amamos. El amor de nosotros mismos, en el sentido que ahora le hemos dado, no está mandado de suerte alguna, porque no tiene necesidad de serlo, siendo en nosotros esencial; pero tiene grande necesidad de ser bien regulado.

PUNTO II.

Regla de estos tres amores.

1.º *Regla del amor de Dios...* El amor de Dios es la regla y el úl-

timo término de todos los amores, es el amor de preferencia á que debe ceder y referirse todo amor... Nosotros debemos amar á Dios mas que á todas las criaturas, mas que á nosotros mismos. Esto es, por la observancia de su ley y por el cumplimiento de su voluntad debemos sacrificar nuestros placeres, nuestros mas amados intereses y nuestra misma vida; debemos amar las criaturas y á nosotros mismos solo segun la voluntad y querer de Dios, solo en Dios, solo por Dios. Comprendamos con esto qué pecado será el poner la criatura en lugar de Dios, amarla contra el orden de Dios, poner en ella nuestra felicidad, y fijar en ella nuestro amor sin referirlo á Dios. ¿Qué pecado será ensalzarnos á nosotros mismos en vez de Dios, querer ser el término de los respetos, de los homenajes y del amor, sin relacion á Dios, como si nosotros pudiésemos ser el centro de la felicidad? Todo esto es un trastorno del orden, una abominacion y una idolatría digna de los fuegos eternos.

2.º *Regla del amor del prójimo...* Este segundo precepto es semejante al primero, porque el amor legítimo del prójimo recae en el amor de Dios, y á él se refiere enteramente. El prójimo es el motivo y es el término del amor que le debemos. Sea bueno ó sea malo el prójimo, amigo ó enemigo, reconocido ó ingrato, merezca ó no merezca por sí mismo ser amado, nosotros debemos amarlo por Dios, con relacion á Dios, porque Dios lo quiere, lo ordena y ha estampado esta ley en nuestros corazones. Se engañaria, pues, grandemente el que se gloriase de amar á Dios, y no amase al prójimo. La regla del amor del prójimo es amarlo como á nosotros mismos, no queriendo decir esto una igualdad de sentimiento, sino una igualdad de deber, esto es, como ya hemos dicho, lo debemos tratar como nosotros tenemos derecho de querer ser tratados. Esta regla no es opuesta al orden de la caridad que comienza por nosotros mismos. En la concurrencia de derechos y necesidades iguales podemos preferirnos si se trata de bienes temporales, y lo debemos tambien si se trata de bienes espirituales... Así debemos preferir nuestros parientes, nuestros amigos, aquellos de quienes estamos encargados, las personas públicas y constituidas en dignidad, el príncipe, el público y la patria. Examinemos cómo cumplimos nosotros este segundo mandamiento.

3.º *Del amor de nosotros mismos...* Nosotros no estamos aquí en el lugar del término y del gozo, sino en el lugar de pasaje y de prueba. Así como tenemos dos vidas que vivir, una en este mundo, la segunda en el otro; así tenemos, por decirlo así, dos nosotros

mismos, el primero en el presente siglo, que debemos aborrecer y sacrificar, por amar y conservar el segundo, que pertenece al siglo futuro. Se presentan á nosotros dos suertes de bienes : el primero, en este mundo, nos viene de las criaturas; este es falso, insuficiente, defectible, y se nos ha presentado solo para probarnos : el segundo, en el otro mundo, es verdadero, sólido, sobreabundante, eterno, y la recompensa de aquellos que han sostenido la prueba, que han renunciado al falso bien por unirse al verdadero, y que han amado á Dios, solo digno de ser amado por sí mismo, y único origen del verdadero bien ; y no las criaturas indignas de ser amadas é incapaces de hacer felices. Pero el amor de nosotros mismos es ardiente é inquieto ; su impaciencia lo lleva á unirse al primer objeto que se presenta : no hay otra cosa que la fe, el amor de Dios y la gracia que puedan suspender este ímpetu, descubrirnos la verdad, fortificarnos contra la ilusion, sostenernos en el estado de violencia y de fuerza en que debemos perseverar esperando la suma felicidad. Es, pues, en sí un pecado enorme cambiar el objeto y pervertir el órden de estos tres amores : es quebrantar toda la santidad de la ley de Dios, todas las instrucciones de los Profetas, todos los preceptos del Evangelio, y toda la moral de los Apóstoles.

PUNTO III.

Aplauso del doctor á la respuesta de Jesucristo.

1.º *Sobre la unidad de Dios...* «Y el escriba le dijo : Maestro, has «dicho muy bien y con toda verdad que hay un solo Dios, y no hay «otro fuera de él...» Los escribas acusaban al Salvador que se dijese Hijo de Dios, igual á Dios, y se hiciese Dios. Sospechaban, por consiguiente, que admitiese muchos dioses, y parece que el doctor quedó sorprendido al oír decir á Jesús que hay un solo Dios, y acaso por esto lo aplaude y lo alaba... Reconozcamos tambien nosotros esta primera verdad, que hay solo un Dios. Démosle gracias por habernos revelado que en este ser esencial, infinito é incomprendible hay tres personas, que son Dios y un Dios solo ; que la segunda persona se ha hecho hombre, y que este Hombre-Dios es nuestro Salvador Jesucristo, el mismo que habla, Hijo de Dios, igual á Dios, y un solo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Adoremos este precioso misterio, y conservemos la fe preciosa de él.

2.º *Sobre el amor de Dios y del prójimo...* «Que el amarlo con «todo el corazon, con todo el entendimiento, con toda el alma y con

«todas las fuerzas, y el amar al prójimo como á sí mismo, vale mas «que todos los holocaustos y sacrificios...» Parece que el doctor repitiese con afecto estas palabras del Salvador sacadas de la ley... Repitémoslas tambien nosotros, llamémoslas frecuentemente á nuestro espíritu ; nutran ellas en nosotros el fuego del amor divino, y apagarán el del amor profano, desterrarán de nuestro espíritu los pensamientos vanos, impuros é inútiles, nos fortificarán contra los asaltos de nuestros enemigos, y llenarán nuestro corazon de una dulce consolacion... En cuanto al amor del prójimo, era el defecto de los escribas omitir este amor, y gloriarse en los sacrificios y en otras prácticas exteriores de una ley que no debia durar siempre, y que debia ser abolida bien presto de la ley de gracia y de amor. Nuestro doctor no seguia este abuso... ¡Ay de mí! ¿no lo seguimos por ventura nosotros? Nos harémos escrúpulo de faltar á una devocion, á una práctica, á una abstinencia, y no nos lo harémos de una murmuracion, de una antipatía, de una aversion y de otras culpas semejantes.

3.º *Buenas disposiciones del doctor...* «Viendo Jesús que él habia respondido sábiamente, le dijo : No estás léjos del reino de «Dios...» De hecho, ¿qué le faltaba para creer en Jesucristo y al Evangelio? Con pocos pasos mas dados con docilidad venia á ser discípulo de Jesucristo. Pues ¿qué cosa lo detenia? Lo que nos detiene todos los dias á nosotros : respeto humano, compañías contagiosas, vileza, debilidad, pereza. Se halla tal vez uno en bellisimas disposiciones, ve el buen camino, y querria entrar en él, conoce el camino malo, y camina por él con dolor y sentimiento ; pero no se atreve á salir de él, se espanta del mundo, teme que se sepa, y con todas estas bellas disposiciones se pierde y se condena.

Peticion y coloquio.

Os doy las gracias, Dios mio, por haberme enseñado tan grandes verdades. No estaré léjos de vuestro reino si yo las gusto ; pero no entraré jamás ni en vuestro reino ni en el espíritu de estas verdades, si vuestro amor no domina en mi corazon : él sea, pues, el que en él únicamente para siempre y absolutamente reine. Amen.

MEDITACION CCLIII.

JESÚS PREGUNTA Á LOS ESCRIBAS Y FARISEOS SOBRE EL CRISTO,
Y SOBRE EL SALMO CIX: DIXIT DOMINUS.

(Luc. xx, 40-44; Matth. xxi, 41-46; Marc. xii, 34-37).

Observemos aquí: 1.º la sabiduría de Jesucristo; 2.º las palabras del salmo citado por el Salvador; 3.º los misterios de Jesucristo contenidos en lo restante del mismo salmo.

PUNTO I.

Sabiduría de Jesucristo.

1.º *Sabiduría de Jesucristo en la victoria que consigue de sus enemigos...* «Y no se atrevían ya á preguntarle...» Nunca habia comparado Jesucristo tan grande como en aquel dia que continuaba á ser el martes de la que nosotros llamamos Semana Santa. Desde la mañana habia desconcertado la Sinagoga en cuerpo, la habia oprimido con parábolas, cuyo sentido no podia disimular, ni evitar la aplicacion. Le habian embestido despues toda suerte de personas, y sobre toda suerte de materias, sobre materias de Estado, de los fariseos y de los herodianos, sobre el dogma de los saduceos, y sobre la moral de los escribas, y á todo habia respondido con tanta sabiduría y dignidad, que estos mismos sus adversarios, y al mismo tiempo mortales enemigos, no habian podido contenerse de darle elogios y aplaudirlo. Todos estaban reducidos al silencio; ninguno se atrevia ya á preguntarle ni á disputar con él, convirtiéndose siempre la disputa en gloria suya, y sirviendo antes á acrecentar la admiracion que á disminuirla. Me alegro de vuestra gloria, ó Salvador mio, y adoro aquella soberana sabiduría que, confundiendo vuestros enemigos, llená de júbilo los corazones de vuestros siervos, é instruye vuestra Iglesia hasta la fin de los siglos.

2.º *Sabiduría de Jesucristo en el tiempo que escoge para preguntarles...* Jesús se sirvió de este momento de silencio y de admiracion para elevar los espíritus á verdad mas sublime, esto es, á su divinidad, que es la basa del Cristianismo... «Y habiéndose juntado «los fariseos, les preguntó Jesús...» Quiso que sus adversarios hallasen por sí mismos esta verdad en sus propios libros; ó no hallándola, que se sujetaran á pedir ser instruidos; ó finalmente que, rehusándolo, quedase para siempre confundida su ignorancia, su obstinacion y su orgullo, y que su Iglesia en la última instruccion pú-

blica de su divino Esposo, hecha en el templo de Dios, hallase el fundamento de su fe y armas invencibles contra sus enemigos.

3.º *Sabiduría de Jesucristo en la pregunta que les hace...* «Diciendo: ¿Qué os parece del Cristo; de quién es hijo? Le dijeron: de «David...» Sobre este punto su escuela estaba de acuerdo; pero hé aquí la dificultad. Jesús continuando... «les decia: ¿Cómo dicen «los escribas que el Cristo es hijo de David? Porque el mismo David... en espíritu lo llama Señor... Y dice por el Espíritu Santo: «El Señor ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi derecha hasta que «ponga tus enemigos por peana de tus piés. Pues si David lo llama «Señor, ¿cómo es su hijo?...» La cuestion era interesante, se trataba del Mesías (que en lengua hebrea es lo mismo que Cristo). Se trataba de la explicacion de un salmo conocido á todo el mundo, y que ha venido á ser familiar aun entre nosotros. Por una parte no habia duda que el Mesías debiese ser hijo de David; por otra tambien la habia en que se tratase del Mesías en el salmo en que David lo llama su Señor. «Entre tanto la gran turba lo oyó con gusto...» Acaso no se maravillaba tampoco de ver el embarazo de sus doctores sobre esta última cuestion. Sea como se fuese, estos no tuvieron ni siquiera una palabra que responderle... «Y ninguno le «podia responder, ni hubo quien se atreviese desde aquel dia en «adelante á preguntarle...» No pudieron desatar la dificultad, ni tuvieron la humildad de pedir su solucion al divino Maestro que les preguntaba. Confusos é irritados, tomaron el partido de retirarse, bien resueltos á no embestirle jamás con sus preguntas, ni á exponerse jamás á oír las suyas... ¡Ay de quien huye de la luz y teme ser iluminado! ¡Ah! no seamos de este número, y á tal efecto meditemos atentamente las palabras del salmo que aquí cita el Salvador.

PUNTO II.

De las palabras del salmo citado del Salvador.

1.º *¿En qué modo es Jesús el Señor de David, bien que sea su hijo?...* Jesús es hijo de David segun la carne y segun la naturaleza humana; y es Hijo de Dios segun su naturaleza divina, siendo el Verbo hecho carne. Los que ya habian reconocido que Jesucristo era Hijo de Dios podian ver la respuesta á la dificultad que él habia propuesto; pero era necesario que se la declarase el Espíritu Santo. Jesús era juntamente Dios y hombre. Esto es lo que frecuentemente habia insinuado en sus discursos, y lo que sus enemigos le